

VÍCTOR MUÑOZ GÓMEZ, *FERNANDO “EL DE ANTEQUERA” Y LEONOR DE ALBURQUERQUE (1374-1435). UNA HISTORIA DE PODER EN LA PENÍNSULA IBÉRICA A FINALES DE LA EDAD MEDIA*, UNIVERSIDAD DE SEVILLA-ATENEO DE SEVILLA, SEVILLA, 2016, 292 PÁGS. PRÓLOGO DE JUAN ORTIZ VILLALBA. ISBN 978-84-472-1752-6.

JOSÉ ANTONIO JARA FUENTE
Universidad de Castilla-La Mancha

El 19 de febrero de 1414, el infante Fernando de Trastámara se convertía en el rey Fernando I de Aragón, rodeado de un ceremonial (ligado a elementos devocionales marianos y caballerescos) en el que la simbología desplegada conducía, en palabras de Víctor Muñoz, a afirmar su imagen «como predilecto de la Virgen y paladín de la Caballería, adalid en liza contra el Infiel, enviado por la Trinidad y por Ella misma con propósito mesiánico para dirigir a su nuevo pueblo» (pág. 161). De esta manera, llevaba a su exaltación personal y política la percepción que, desde su incorporación activa al marco de juego «Corona de Castilla» en los últimos años del siglo XIV, había procurado construir a su alrededor: príncipe casto, modesto, honesto, leal, buen caballero y por encima de todo, buen cristiano. La imagen que proporciona la vida de Fernando, y que de una manera magistral nos traslada Víctor Muñoz, es la de un personaje en permanente estado de representación, pues es en la representación donde confluyen los papeles, escenarios y escenografía sobre los que construir y cimentar la idea del príncipe perfecto: buen señor y buen gobernante, justo, pacificador, y cristiano (y ambicioso, enormemente ambicioso, aunque esto quedara necesariamente sometido a las elementales reglas de humildad). Es la línea argumental que permite reconstruir y comprender la vida de Fernando y de su compañera de travesía, Leonor; un discurso que (quizás) su pronta muerte como rey aragonés, apenas dos años después de su coronación, contribuyera a facilitar y consolidar.

Estos son los elementos con los que Víctor Muñoz construye su estudio de dos personajes, Fernando y Leonor, utilizados como precioso instrumento de análisis de todo un conjunto de prácticas políticas (en sentido amplio, plenas de contenido político, pero también social, económico, cultural y religioso) mediante las cuales los grupos

aristocráticos y especialmente el linaje regio despliegan sus posicionamientos en el reino (singularmente Castilla, Aragón recibe, en este sentido, un tratamiento menor) y en sus instancias de poder a fines de la Edad Media. Es por ello que, en la exposición del autor, el itinerario vital de ambos personajes, construido con cuidado detalle pero bien conocido en general, sirve sobre todo para profundizar en algunos aspectos de superior relevancia.

Destaca, así, la concepción de la parentela regia no sólo como un «sistema superior de recursos» (la expresión es nuestra) abierto al aprovechamiento de los miembros de la familia real sino especialmente como un espacio de comunicación política con la alta aristocracia. Una comunicación y un aprovechamiento que, en su fase inicial, se centra en el aprendizaje del ejercicio del poder dinástico y señorial (al que el infante Fernando sería incorporado muy pronto, con la dotación que Juan I le hace de Lara, el ducado de Peñafiel y otros señoríos en las Cortes de Guadalajara de 1390, y en cuya gestión directa comenzaría a implicarse desde 1395, alcanzados los quince años de edad), generando en el proceso una «*afinidad* señorial» en progresivo crecimiento, en el marco de un proceso de afirmación política apoyada permanentemente en su diálogo fructífero en el seno de la casa real. Frente a algunas visiones que localizan un primer germen de conflicto o, al menos, de recelo fundado en las relaciones entre Enrique III y el infante, el autor muestra un escenario alternativo, convincente, de reconocimiento y sostén político por parte del rey. La primacía indiscutida que el infante adquiere paulatinamente en el reino a medida que avanza la enfermedad de Enrique III; la creación de la Orden de la Jarra y el Grifo en 1403 (primer instrumento de la simbología mariana y caballeresca de que se rodeará el infante), mecanismo de poder y prestigio en teoría reservado al monarca pero que Enrique III no tiene problema en sancionar con su presencia en 1404 en la sesión celebrada en Nájera; y el programa de regencia que establece el rey, hablan tanto de «*realpolitik*» como de colaboración en el desarrollo de los respectivos intereses políticos.

De hecho, es en la coregencia de Castilla donde el autor muestra al infante desplegando el grueso de sus potencialidades: la capacidad de comunicación con la aristocracia castellana, producto no sólo del control de los resortes de poder (y de la distribución de sus beneficios) sino de su habilidad para mediar con éxito en sus conflictos (como muestra su intervención en Sevilla, en 1410); la consolidación del amplio señorío fernandino y el desarrollo de espacios señoriales de proyección para sus hijos (así, la provisión de los maestrazgos de Alcántara y Santiago para Sancho y Enrique); la generación de relaciones diplomáticas con los reinos vecinos de Navarra y Aragón; y especialmente la guerra con Granada como instrumento de generación de la condición de verdadero príncipe cristiano, que constituye uno de los rasgos principales de su imagen política. La subsiguiente adquisición de la corona aragonesa constituirá tanto un éxito de la altamente prestigiosa imagen (política y simbólica) que ha sabido construir, como de su habilidad para insertarse en las redes sociales de los territorios de la corona aragonesa, generando un amplio apoyo a su causa (sostenida, bien es cierto, con el dinero y el poder castellanos). Como reconocería el arzobispo de Tarragona (no precisamente un

partidario del Trastámara), Fernando sería percibido como el *por muchas razones más útil que cualquier competidor para regir este reino* (págs. 103-104).

Una utilidad a la que el nuevo rey respondería pronto con un consistente programa político dirigido a restaurar las relaciones comerciales con Castilla y a consolidar, o al menos a intentar consolidar el control sobre el Mediterráneo Occidental, tan importante para las aspiraciones del comercio barcelonés y, en menor medida, valenciano. Los acuerdos con Castilla y Portugal (que, además, abren el comercio atlántico a los aragoneses), con el reino de Granada y los sultanatos de Fez y Tremecén (y en la larga distancia, con Egipto), y con la república de Génova, constituyen uno de los ámbitos de acción de este proyecto; el control político-militar sobre Cerdeña, Córcega y Sicilia, y la obtención del título de rey de manos de Benedicto XIII, se presentan como su culminación; los proyectos matrimoniales alrededor del infante Juan (con Nápoles y Navarra), habrían constituido la expresión máxima de ese proyecto.

Sin embargo, la pronta muerte de Fernando I, el 2 de abril de 1416, dejaría, en buena medida, ese proyecto inacabado. Sobre esas bases, en Aragón, Alfonso V, y en Castilla, el infante Juan y sus hermanos, desplegarían sus propios proyectos con diferente grado de éxito. Es ahora cuando, en el estudio de Víctor Muñoz, la reina Leonor alcanza un decidido protagonismo, ligado a su vuelta a Castilla y al éxito y al ulterior fracaso de las políticas de promoción personal y control político del reino puestas en ejecución por los infantes. Se trata de un proceso sobradamente conocido, que el autor sabe sintetizar, conduciendo al lector por esa compleja urdimbre de alianzas y traiciones, encuentros y desencuentros, y guerras civiles que jalonan el reinado de Juan II de Castilla.

La muerte de Leonor, el 16 de diciembre de 1435, poco más de cuatro meses después de la derrota naval de Ponza y la prisión de sus hijos por los genoveses, cierran este hilo narrativo, construido en gran medida sobre una propuesta de análisis cronológico.

Sin embargo, merece la pena concluir esta reseña con una mención, siquiera sea breve, a uno de los apartados que, entendemos, constituyen lo mejor de la contribución del autor al estudio del infante Fernando. Se trata del capítulo séptimo (el más amplio del estudio), dedicado a la reconstrucción de los elementos discursivos que se encuentran en la base del proyecto político fernandino y que encuentran inmejorable reflejo en el apelativo que, tanto en su condición de infante de Castilla como rey de Aragón, recibiría en las fuentes (singularmente castellanas), «Fernando, el de Antequera», es decir, Fernando, el príncipe cristiano, martillo del Islam, recuperador de España.

Efectivamente, la construcción de unos discursos propagandísticos alrededor de la persona del infante, se liga, desde un principio, a su devoción religiosa, al ideal caballeresco, y a su habilidad/capacidad como señor/gobernante. Esas prácticas devocionales persiguen tanto legitimar políticamente las aspiraciones del infante como dotar de un paraguas simbólico protector, y hacer participar de la intimidad personal y política de su *casa*, a la amplia clientela que es llamada a compartir con él los espacios, las prácticas y las estrategias devocionales, en los diversos niveles de implicación que Fernando es capaz de poner en acción: desde la vinculación (quizás forzada) de su natalicio a la figura

de San Andrés, que se extiende inicialmente a algunos lugares clave de su entramado señorial; hasta la fundación de la Orden la Jarra y el Grifo, en la que el culto mariano y la celebración caballerescas se perfilan también como instrumentos de comunicación directa y vinculación personal del infante/rey con sus vasallos y clientes. La Orden y el discurso que elabora alrededor de la necesidad de la guerra con Granada y la propia dirección de ese esfuerzo bélico, enhebran de manera magistral el carácter providencial de su personal (elegido y «mimado» por la Virgen), su carácter caballeresco, y su capacidad como gobernante (ligada, así mismo, a la relación regencia-guerra con Granada). En conjunto, se trata de un análisis fascinante tanto de personajes como de instrumentos de acción que, en última instancia, constituyen el magnífico estudio que se hizo merecedor del X Premio de Historia Ateneo de Sevilla, que ganara en su convocatoria de 2013.